

Jack London

El Apóstata



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL APÓSTATA

JACK LONDON

**PUBLICADO: 1906
FUENTE: AMERICANLITERATURE.COM
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

EL APÓSTATA

—¡Como no te levantes, Johnny, no te doy ni un bocado!

La amenaza no surtió efecto alguno en el chico. Se aferraba obstinadamente al sueño, luchando por su olvido como el soñador lucha por su sueño. Las manos del chico se cerraron vagamente en puños, y lanzó golpes débiles y espasmódicos al aire. Aquellos golpes iban dirigidos a su madre, pero ella los esquivaba con una familiaridad que delataba mucha práctica mientras lo zarandeaba rudamente por el hombro.

—¡Déjame!

Era un grito que comenzaba amortiguado en las profundidades del sueño, que ascendía velozmente, como un lamento, hacia una beligerancia apasionada, y que se apagaba y se hundía en un quejido inarticulado. Era un grito bestial, como de un alma en tormento, cargado de protesta y de dolor infinitos.

Pero ella no le prestó atención. Era una mujer de ojos tristes y rostro cansado, y ya se había acostumbrado a aquella tarea que repetía cada día de su vida. Agarró la ropa de cama e intentó quitarla de un tirón; pero el chico, dejando de dar puñetazos, se aferró a ella desesperadamente. Hecho un ovillo al pie de la cama, seguía cubierto. Entonces ella intentó arrastrar la ropa al suelo. El chico se resistió. Ella tomó impulso. La suya era la fuerza mayor, y el chico y la ropa cedieron; el primero siguió instintivamente a la segunda para guarecerse del frío de la habitación que mordía su cuerpo.

Cuando se tambaleó al borde de la cama pareció que iba a caer de cabeza al suelo. Pero la conciencia parpadeó en él. Se irguió y por un momento se equilibró peligrosamente. Luego sus pies tocaron el suelo. Al instante su madre lo agarró por los hombros y lo sacudió. De nuevo sus puños golpearon el aire, esta vez con más fuerza y precisión. Al mismo tiempo sus ojos se abrieron. Ella lo soltó. Estaba despierto.

—Está bien —masculló.

Ella cogió el farol y salió apresuradamente, dejándolo en la oscuridad.

—Te van a descontar —le advirtió desde el pasillo.

La oscuridad no le molestaba. Cuando se hubo vestido, salió a la cocina. Su paso era muy pesado para ser un chico tan flaco y ligero. Las piernas le arrastraban con su propio peso, lo cual parecía irrazonable dado lo escuálidas que eran. Acercó una silla desfondada a la mesa.

—Johnny —llamó su madre con brusquedad.

Él se levantó con la misma brusquedad de la silla y, sin decir palabra, fue hasta el fregadero. Era un fregadero grasiento y mugriento. Del desagüe subía un olor. Él no le prestó atención. Que un fregadero oliese era para él parte del orden natural de las cosas, igual que era parte del orden natural que el jabón estuviese pringoso de agua sucia y costase trabajo hacer espuma. Tampoco se esforzó mucho por hacerla. Varios salpicones de agua fría del grifo completaron la operación. No se lavó los dientes. Para ello nunca había visto un cepillo de dientes, ni sabía que existieran en el mundo seres capaces de tamaña necedad como la de lavárselos.

—Podrías lavarte la cara una vez al día sin que te lo dijeran —se quejó su madre.

Sostenía con la mano una tapadera rota sobre la olla mientras servía dos tazas de café. Él no dijo nada, pues aquella era una disputa enquistada entre los dos, y el único punto en que su madre era inflexible como el pedernal. «Una vez» al día estaba obligado a lavarse la cara. Se secó con una toalla grasienta, húmeda, sucia y deshilachada, que le dejó el rostro cubierto de pelotillas de hilo.

—Ojalá no viviéramos tan lejos —dijo ella mientras él se sentaba—. Hago lo que puedo, ya lo sabes. Pero un duro de ahorro en el alquiler es

mucho, y aquí tenemos más espacio. Eso también lo sabes.

Él apenas la seguía. Lo había oído todo antes, muchas veces. El horizonte de sus pensamientos era limitado, y ella volvía constantemente a la pena que suponía vivir tan lejos de las fábricas.

—Un duro más es más comida —observó sentenciosamente—. Prefiero andar y comer.

Comió deprisa, masticando a medias el pan y tragando los trozos sin mascar con ayuda del café. Aquel líquido caliente y turbio llevaba el nombre de café. Johnny creía que era café, y además excelente. Era una de las pocas ilusiones que le quedaban en la vida. En su vida había bebido café de verdad.

Además del pan, había un trozo pequeño de tocino frío. Su madre le rellenó la taza de café. Cuando acababa el pan, empezó a mirar si venía algo más. Ella interceptó su mirada interrogante.

—No seas glotón, Johnny —fue su comentario—. Ya has tomado tu parte. Tus hermanos y hermanas son más pequeños que tú.

Él no respondió a la reprimenda. No era muy dado a hablar. Y también cesó de mirar con hambre hacia más comida. Era un chico sin quejas, con una paciencia tan terrible como la escuela en que la había aprendido. Terminó el café, se limpió la boca con el dorso de la mano y se dispuso a levantarse.

—Espera un momento —dijo ella con presteza—. Creo que la barra puede darte otra rebanada... una finita.

Hubo prestidigitación en sus manos. Con toda la apariencia de cortar una rebanada, volvió a meter el pan y la rebanada en la panera y le dio una de sus propias dos rebanadas. Creía haberle engañado, pero él había visto el juego de manos. Sin embargo, cogió el pan sin remilgos. Tenía una filosofía según la cual su madre, por su enfermedad crónica, era de todas formas una comedora escasa.

Ella vio que masticaba el pan en seco y alargó la mano para vaciar su taza de café en la de él.

—Esta mañana como que no me sienta bien el estómago —explicó.

Un silbato lejano, prolongado y estridente, los puso a los dos en pie. Ella echó un vistazo al despertador de hojalata que había en la repisa. Las manecillas marcaban las cinco y media. El resto del mundo fabril empezaba en ese momento a despertar del sueño. Se echó un chal sobre los hombros y se puso en la cabeza un sombrero deslucido, informe y viejo.

—Tenemos que correr —dijo, bajando la mecha del farol y soplando por el tubo.

Salieron a tientas y bajaron las escaleras. Hacía un frío limpio, y Johnny se estremeció al primer contacto con el aire exterior. Las estrellas aún no habían comenzado a palidecer en el cielo, y la ciudad yacía en la oscuridad. Tanto Johnny como su madre arrastraban los pies al caminar. Los músculos de las piernas no tenían el menor impulso para despegar los pies del suelo.

Después de quince minutos en silencio, su madre giró a la derecha.

—No llegues tarde —fue su última advertencia desde la oscuridad que la iba engullendo.

Él no respondió, siguiendo su camino sin detenerse. En el barrio fabril, las puertas se abrían por todas partes, y pronto formó parte de una multitud que avanzaba a través de la oscuridad. Al entrar por la puerta de la fábrica volvió a sonar el silbato. Echó un vistazo al este. Al otro lado de un perfil irregular de tejados, una luz pálida comenzaba a insinuarse. Esto fue lo que vio del día al darle la espalda y unirse a su cuadrilla de trabajo.

Ocupó su lugar en una de las muchas hileras largas de máquinas. Ante él, sobre una tolva llena de bobinas pequeñas, giraban rápidamente bobinas grandes. En ellas devanaba el hilo de yute de las bobinas pequeñas. El trabajo era sencillo. Lo único que se requería era rapidez. Las bobinas pequeñas se vaciaban tan aprisa, y eran tantas las bobinas grandes que las vaciaban, que no había un solo momento de inactividad.

Trabajaba mecánicamente. Cuando se agotaba una bobina pequeña, usaba la mano izquierda como freno, deteniendo la bobina grande y al mismo tiempo, con el pulgar y el índice, atrapando el extremo volante del hilo. También al mismo tiempo, con la mano derecha, recogía el extremo suelto del hilo de una bobina pequeña. Todos estos movimientos con ambas manos se realizaban de forma simultánea y veloz. Luego venía un destello de sus manos al hacer el nudo de tejedor y soltar la bobina. En los nudos de tejedor

no había nada difícil. Llegó a jactarse de que podía hacerlos dormido. Y de hecho, a veces lo hacía, faenando siglos enteros en una sola noche atando una sucesión interminable de nudos de tejedor.

Algunos chicos hacían el vago, malgastando tiempo y maquinaria al no reponer las bobinas pequeñas cuando se vaciaban. Y había un capataz para impedirlo. Pilló al chico de al lado de Johnny en el truco y le dio un coscorrón.

— ¡Mira a Johnny, por qué no eres como él! —exigió saber el capataz con furia.

Las bobinas de Johnny iban a plena marcha, pero él no se estremeció ante el elogio indirecto. Hubo un tiempo... pero eso era hacía mucho, hacía muchísimo tiempo. Su rostro apático era inexpresivo mientras escuchaba que lo ponían como ejemplo brillante. Era el trabajador perfecto. Lo sabía. Se lo habían dicho muchas veces. Era algo corriente, y además ya no parecía significarle nada. Del trabajador perfecto había evolucionado hasta convertirse en la máquina perfecta. Cuando su trabajo fallaba, era en él como en la máquina: por culpa de un material defectuoso. Hubiera sido tan posible que una troquel de clavos perfecta cortase clavos imperfectos como que él cometiese un error.

Y no era para menos. Nunca había habido un momento en que no hubiese estado en íntima relación con las máquinas. La maquinaria casi parecía haberle sido transmitida con la sangre, y en todo caso se había criado en ella. Doce años atrás se había producido una pequeña conmoción en la sala de telares de aquella misma fábrica. La madre de Johnny había perdido el conocimiento. La tendieron en el suelo en medio de las máquinas que chillaban. Llamaron a un par de mujeres mayores de sus telares. El capataz ayudó. Y en pocos minutos había en la sala de telares un alma más de las que habían entrado por las puertas. Era Johnny, nacido con el estruendo retumbante de los telares en los oídos, aspirando con su primer aliento el aire cálido y húmedo que estaba cargado de pelusa volante. Aquel primer día tosió para limpiar sus pulmones de pelusa; y por la misma razón había tosi-do desde entonces.

El chico que tenía a su lado lloriqueaba y sorbía por la nariz. El rostro del chico estaba crispado de odio hacia el capataz que lo vigilaba amenazadoramente desde lejos; pero cada bobina iba a tope. El chico lanzaba juramentos

terribles a las bobinas que giraban ante él; pero el sonido no llegaba a dos metros de distancia, pues el estruendo de la sala lo retenía y contenía como una pared.

De todo ello Johnny no se percataba. Tenía una manera de aceptar las cosas. Además, las cosas se vuelven monótonas a fuerza de repetirse, y aquel suceso en particular lo había presenciado muchas veces. Le parecía tan inútil oponerse al capataz como desafiar la voluntad de una máquina. Las máquinas estaban hechas para funcionar de cierta manera y para realizar ciertas tareas. Lo mismo pasaba con el capataz.

Pero a las once hubo agitación en la sala. De forma aparentemente misteriosa, la agitación se extendió al instante por todas partes. El chico cojo que trabajaba al otro lado de Johnny cruzó el suelo dando botes rápidamente hacia una carretilla de tolva que estaba vacía. Dentro de ella se zambulló y desapareció, muleta y todo. El superintendente de la fábrica se acercaba acompañado de un hombre joven. Iba bien vestido y llevaba una camisa almidonada: un caballero, según la clasificación que Johnny hacía de los hombres, y además «el Inspector».

Miraba a los chicos con ojos agudos al pasar. A veces se detenía y hacía preguntas. Cuando lo hacía, se veía obligado a gritar a pleno pulmón, momentos en que su rostro se contorsionaba de forma cómica por el esfuerzo de hacerse oír. Su ojo avizor reparó en la máquina vacía junto a la de Johnny, pero no dijo nada. Johnny también cruzó su mirada con la suya, y él se detuvo en seco. Agarró a Johnny del brazo para hacerlo retroceder un paso de la máquina; pero con una exclamación de sorpresa lo soltó.

—Bastante escuálido —rio el superintendente, inquieto.

—Un palillo —fue la respuesta—. Mire esas piernas. El chico tiene raquitismo, incipiente, pero lo tiene. Si al final no le da la epilepsia, será porque antes le da la tuberculosis.

Johnny escuchó, pero no entendió. Además, no le interesaban los males futuros. Había un mal inmediato y más grave que le amenazaba en la figura del inspector.

—A ver, muchacho, quiero que me digas la verdad —dijo el inspector, o más bien gritó, acercándose al oído del chico para que le oyera—. ¿Cuántos años tienes?

—Catorce —mintió Johnny, y mintió con toda la fuerza de sus pulmones. Tan alto mintió que ello le desencadenó una tos seca y persistente que removió la pelusa que había ido depositándose en sus pulmones toda la mañana.

—Parece que tiene dieciséis por lo menos —dijo el superintendente.

—O sesenta —soltó el inspector.

—Siempre ha tenido ese aspecto.

—¿Desde cuándo? —preguntó el inspector, rápidamente.

—Desde hace años. No envejece ni un pelo.

—Ni rejuvenece, diría yo. Supongo que ha trabajado aquí todo ese tiempo.

—A ratos... pero fue antes de que se aprobara la nueva ley —se apresuró a añadir el superintendente.

—¿Máquina parada? —preguntó el inspector, señalando la máquina desocupada junto a la de Johnny, en la que las bobinas a medio llenar giraban como locas.

—Eso parece. —El superintendente llamó al capataz con un gesto y le gritó al oído señalando la máquina—. La máquina está parada —le informó de vuelta al inspector.

Siguieron adelante, y Johnny volvió a su trabajo, aliviado porque el mal había sido evitado. Pero el chico cojo no tuvo tanta suerte. El inspector de mirada penetrante lo sacó a la fuerza de la carretilla cogiéndolo por el brazo. Los labios le temblaban, y su rostro tenía toda la expresión de quien ha sufrido un desastre profundo e irremediable. El capataz parecía atónito, como si fuera la primera vez que veía al chico, mientras que el rostro del superintendente expresaba shock y disgusto.

—Lo conozco —dijo el inspector—. Tiene doce años. Lo he hecho echar de tres fábricas en el último año. Esta es la cuarta.

Se volvió hacia el chico cojo.

—Me diste tu palabra de honor de que ibas a ir al colegio.

El chico cojo rompió a llorar.

—Por favor, señor inspector, se nos murieron dos criaturas y estamos muy mal.

—¿Por qué tose usted así? —exigió saber el inspector, como si le acusara de un delito.

Y como en negación de culpabilidad, el chico cojo respondió:

—No es nada. Es que la semana pasada me constipé, señor inspector, eso es todo.

Al final el chico cojo salió de la sala con el inspector, acompañado éste por el superintendente, ansioso y protestando. Tras ello la monotonía volvió a instalarse. La larga mañana y la aún más larga tarde se consumieron y el silbato sonó anunciando la salida. Ya había anochecido cuando Johnny pasó por la puerta de la fábrica. En el intervalo el sol había trazado una escala dorada en el cielo, inundado el mundo con su calor generoso, y se había precipitado y desaparecido por el oeste tras un perfil irregular de tejados.

La cena era la comida familiar del día, la única en que Johnny se reunía con sus hermanos y hermanas menores. Para él tenía el carácter de un encuentro, pues él era muy viejo mientras ellos eran agotadoramente jóvenes. No tenía paciencia con su juvenilidad excesiva y asombrosa. No la entendía. Su propia infancia quedaba demasiado lejos. Era como un hombre viejo e irritable, molesto por la turbulencia de unos espíritus juveniles que a él le parecía simple tontería. Miraba ceñudo y en silencio su comida, encontrando consuelo en el pensamiento de que pronto tendrían que ponerse a trabajar. Eso les quitaría las ganas y los volvería serios y dignos, como él. Así, a la manera humana, Johnny hacía de sí mismo una vara con que medir el universo.

Durante la comida, su madre explicó de diversas formas y con infinita repetición que hacía lo que podía; de modo que fue con alivio, concluida la escasa comida, que Johnny apartó su silla y se levantó. Dudó un momento entre la cama y la puerta de la calle, y al final salió por esta última. No fue lejos. Se sentó en el escalón de la entrada, las rodillas recogidas y los estrechos hombros caídos hacia delante, los codos en las rodillas y las palmas de las manos sosteniendo el mentón.

Mientras estaba sentado allí, no pensaba en nada. Simplemente descansaba. En lo que a su mente se refería, estaba dormida. Sus hermanos y her-

manas salieron y jugaron ruidosamente a su alrededor con otros niños. Una farola eléctrica en la esquina iluminaba sus travesuras. Sabían que estaba de mal humor e irritable; pero el espíritu de aventura los tentaba a provocarle. Se cogieron de las manos delante de él y, marcando el ritmo con el cuerpo, le cantaron en la cara una letanía extraña y poco halagadora. Al principio él les soltaba maldiciones, maldiciones aprendidas de los labios de varios capataces. Al comprobar que era inútil, y recordando su dignidad, recayó en un silencio hosco.

Su hermano Will, el siguiente en edad, que acababa de cumplir diez años, era el cabecilla. Johnny no le profesaba sentimientos especialmente cariñosos. Su vida había sido amargada desde el principio por ceder y condescender continuamente con Will. Tenía la clara sensación de que Will le debía mucho y era un desagradecido. En su propio tiempo de juego, muy atrás en el pasado nebuloso, le habían robado gran parte de ese tiempo obligándole a cuidar de Will. Will era entonces un bebé, y entonces, como ahora, su madre se pasaba los días en las fábricas. A Johnny le había tocado hacer de padre pequeño y de madre pequeña a la vez.

Will parecía acusar el beneficio de las cesiones y condescendencias. Era de constitución robusta, bastante fuerte, tan alto como su hermano mayor e incluso más pesado. Era como si la sangre vital del uno hubiese sido desviada hacia las venas del otro. Y en cuanto al ánimo ocurría lo mismo. Johnny estaba agotado, gastado, sin resiliencia, mientras que su hermano menor parecía rebosar y derramarse de vitalidad.

La letanía burlona se fue haciendo más y más ruidosa. Will se inclinó más al bailar, sacando la lengua. El brazo izquierdo de Johnny salió disparado y atrapó al otro por el cuello. Al mismo tiempo le plantó su huesudo puño en la nariz. Era un puño lamentablemente huesudo, pero que hacía daño quedó demostrado por el chillido de dolor que produjo. Los demás niños lanzaban gritos de espanto, mientras la hermana de Johnny, Jennie, había entrado corriendo en casa.

Empujó a Will, le dio una patada feroz en las espinillas, luego lo agarró y lo estampó de bruces en el suelo. Y no lo soltó hasta haberle restregado la cara en la tierra varias veces. Entonces llegó la madre, un torbellino anémico de solicitud y cólera materna.

—¿Por qué no me deja en paz? —fue la respuesta de Johnny a sus reproches—. ¿Es que no ve que estoy cansado?

—Soy tan grande como tú —protestó Will entre sus brazos, el rostro hecho un amasijo de lágrimas, tierra y sangre—. Ahora soy tan grande como tú, y voy a seguir creciendo. Y entonces te daré una paliza, ya verás.

—Con lo grande que eres, podrías estar trabajando —gruñó Johnny—. Ese es tu problema. Deberías ponerte a trabajar. Y tu madre debería mandarte a trabajar.

—Pero si todavía es muy pequeño —protestó ella—. No es más que un niño.

—Yo era más pequeño que él cuando empecé a trabajar.

La boca de Johnny estaba abierta para expresar aún más la sensación de injusticia que sentía, pero la boca se cerró de golpe. Se volvió sombrío sobre sus talones y se fue dentro de la casa y a la cama. La puerta de su habitación estaba abierta para dejar pasar el calor de la cocina. Mientras se desvestía en la penumbra podía oír a su madre hablando con una vecina que había pasado a visitarla. Su madre lloraba, y su discurso se veía puntado por sollozos sin fuerza.

—No sé qué le está pasando a Johnny —podía oírla decir—. Antes no era así. Era un angelito de paciente.

—Y es un buen chico —se apresuró a defenderle—. Ha trabajado fielmente, y sí que se puso a trabajar demasiado joven. Pero no fue culpa mía. Hago lo que puedo, de eso estoy segura.

Prolongados sollozos desde la cocina, y Johnny murmuró para sí mientras los párpados se le cerraban: «Vaya si he trabajado fielmente».

A la mañana siguiente su madre lo arrancó físicamente de las garras del sueño. Luego vino el exiguo desayuno, la caminata en la oscuridad, y el pálido destello del día al otro lado de los tejados mientras le daba la espalda y entraba por la puerta de la fábrica. Era otro día, uno más entre todos los días, y todos los días eran iguales.

Y sin embargo, había habido variedad en su vida: en los momentos en que cambiaba de un trabajo a otro, o cuando caía enfermo. A los seis años era padre y madre pequeños de Will y de los otros hijos más pequeños. A

los siete entró en la fábrica textil, devanando bobinas. A los ocho encontró trabajo en otra fábrica. Su nuevo trabajo era maravillosamente fácil. Todo lo que tenía que hacer era sentarse con un palito en la mano y guiar una corriente de tela que pasaba ante él. Aquella corriente de tela salía de las entrañas de una máquina, pasaba sobre un rodillo caliente y seguía su camino. Pero él estaba siempre sentado en el mismo sitio, fuera del alcance de la luz del día, con un mechero de gas ardiendo sobre él, siendo él mismo parte del mecanismo.

Era muy feliz en aquel trabajo, a pesar del calor húmedo, pues era todavía joven y poseía sueños e ilusiones. Y qué sueños tan maravillosos soñaba mientras miraba el tejido humeante que pasaba interminablemente. Pero en el trabajo no había ejercicio, ninguna demanda para su mente, y fue soñando cada vez menos, mientras su mente se entorpecía y adormecía. Sin embargo, ganaba dos dólares a la semana, y dos dólares representaban la diferencia entre la inanición aguda y la subalimentación crónica.

Pero a los nueve años perdió su trabajo. El sarampión fue la causa. Después de recuperarse, encontró trabajo en una fábrica de vidrio. El sueldo era mejor, y el trabajo exigía habilidad. Era trabajo a destajo, y cuanto más habilidoso era, más dinero ganaba. Aquí había un aliciente. Y bajo este aliciente se desarrolló hasta convertirse en un trabajador notable.

Era un trabajo sencillo: atar tapones de cristal en frasquitos. En la cintura llevaba un manajo de bramante. Sujetaba los frascos entre las rodillas para poder trabajar con ambas manos. Así, en posición sentada e inclinado sobre sus propias rodillas, sus estrechos hombros se fueron encorvando y el pecho se le fue contrayendo durante diez horas al día. Aquello no era bueno para los pulmones, pero ataba trescientas docenas de frascos al día.

El superintendente estaba muy orgulloso de él, y traía visitas a verle. En diez horas pasaban por sus manos trescientas docenas de frascos. Eso significaba que había alcanzado la perfección de una máquina. Se habían eliminado todos los movimientos inútiles. Cada movimiento de sus delgados brazos, cada movimiento de un músculo en sus delgados dedos, era rápido y preciso. Trabajaba a alta tensión, y el resultado era que se había vuelto nervioso. Por las noches los músculos le sacudían mientras dormía, y de día no podía relajarse y descansar. Permanecía tenso y los músculos le seguían sacudiendo. También se fue poniendo cetrino y la tos por la pelusa le fue

empeorando. Luego la pulmonía se apoderó de los débiles pulmones encerrados en el pecho contraído, y perdió su trabajo en la fábrica de vidrio.

Ahora había vuelto a la fábrica de yute donde había empezado con las bobinas. Pero le esperaba un ascenso. Era buen trabajador. Pasaría luego al almidón, y más tarde entraría en la sala de telares. Después de eso no había nada salvo mayor eficiencia.

La maquinaria funcionaba más rápido que cuando había empezado a trabajar por primera vez, y su mente funcionaba más lentamente. Ya no soñaba en absoluto, aunque sus años anteriores habían estado llenos de sueños. En cierta ocasión había estado enamorado. Fue cuando empezó a guiar el tejido sobre el rodillo caliente, y era de la hija del superintendente. Era bastante mayor que él, una mujer joven, y la había visto a distancia tan sólo unas pocas veces. Pero eso no importaba. En la superficie de la corriente de tela que pasaba ante él dibujaba futuros radiantes en los que realizaba proezas de trabajo, inventaba máquinas milagrosas, alcanzaba la dirección de las fábricas y al final la tomaba en sus brazos y la besaba sobriamente en la frente.

Pero todo eso era ya de hacía mucho tiempo, antes de que se hubiese hecho demasiado viejo y cansado para amar. Además, ella se había casado y se había ido, y su mente se había quedado dormida. Con todo, había sido una experiencia maravillosa, y solía mirar atrás con frecuencia, como miran otros hombres y mujeres al tiempo en que creían en las hadas. Él nunca había creído en las hadas ni en los Reyes Magos; pero había creído implícitamente en el sonriente futuro que su imaginación había tejido en la corriente de tejido humeante.

Se había hecho hombre muy pronto en la vida. A los siete años, cuando cobró su primer sueldo, comenzó su adolescencia. Cierta sentimiento de independencia se fue abriendo paso en él, y la relación entre él y su madre cambió. De alguna manera, como alguien que ganaba dinero y llevaba el pan a casa, haciendo su propio trabajo en el mundo, era más un igual para ella. La madurez plena, la hombría definitiva, le había llegado a los once años, época en que había trabajado en el turno de noche durante seis meses. Ningún niño trabaja en el turno de noche y sigue siendo un niño.

En su vida había habido varios grandes acontecimientos. Uno de ellos había sido cuando su madre compró ciruelas de California. Otros dos

habían sido las dos veces en que ella hizo natillas. Aquellos habían sido grandes eventos. Los recordaba con afecto. Y por aquel entonces su madre le había hablado de un plato delicioso que prepararía algún día: «isla flotante», lo llamaba, «mejor que las natillas». Durante años había esperado el día en que se sentaría a la mesa con la isla flotante delante, hasta que al final había relegado esa idea al limbo de los ideales inalcanzables.

Una vez encontró una moneda de plata en la acera. Aquello también fue un gran acontecimiento en su vida, aunque al mismo tiempo trágico. Supo cuál era su deber en el instante en que el destello de plata hirió sus ojos, incluso antes de haberla recogido. En casa, como de costumbre, no había suficiente para comer, y allí debería haberla llevado, como llevaba su sueldo todos los sábados por la noche. La conducta correcta en este caso era obvia; pero nunca disponía de dinero para gastar, y sentía hambre de caramelos. Tenía un ansia voraz de los dulces que sólo en días de fiesta había probado en su vida.

No intentó engañarse a sí mismo. Sabía que era un pecado, y deliberadamente pecó cuando se fue en una borrachera de caramelos por quince céntimos. Diez céntimos los guardó para una juerga futura; pero al no estar acostumbrado a llevar dinero encima, perdió los diez céntimos. Aquello ocurrió en un momento en que sufría todos los tormentos de la conciencia, y fue para él un acto de retribución divina. Sintió un miedo cerval ante la cercanía de un Dios terrible e iracundo. Dios había visto, y Dios había sido rápido en castigar, negándole incluso el pleno fruto del pecado.

En el recuerdo siempre lo consideró como el único gran acto delictivo de su vida, y al evocarle su conciencia siempre despertaba y le daba otro retortijón. Era el único esqueleto en su armario. Y también, siendo como era y estando en las circunstancias en que estaba, miraba atrás a aquel acto con arrepentimiento. Estaba insatisfecho con la manera en que había gastado la moneda. Podría haberla invertido mejor, y visto el conocimiento posterior que tenía de la presteza de Dios, le habría ganado la partida gastando la moneda entera de una sola vez. En el recuerdo se gastó la moneda mil veces, y cada vez con mayor provecho.

Había otro recuerdo del pasado, borroso y desvanecido, pero grabado en su alma para siempre por los pies salvajes de su padre. Era más parecido a una pesadilla que al recuerdo de una cosa concreta: más como la memoria

de la raza en el hombre que le hace caer mientras duerme y que se remonta a su ancestro arborícola.

Este recuerdo en particular nunca le llegaba a Johnny a plena luz del día cuando estaba bien despierto. Le llegaba de noche, en la cama, en el momento en que su conciencia se hundía y se perdía en el sueño. Siempre le despertaba sobresaltado y aterrorizado, y por un momento, en el primer instante de náusea, le parecía que yacía a lo ancho al pie de la cama. En la cama había las formas vagas de su padre y su madre. Nunca veía cómo era su padre. Sólo tenía una impresión de él, y era que tenía los pies salvajes y despiadados.

Sus recuerdos más tempranos se mantenían con él, pero no tenía recuerdos recientes. Todos los días eran iguales. Ayer o el año pasado eran lo mismo que mil años atrás o que un minuto. No ocurría nada. No había acontecimiento alguno que marcara el paso del tiempo. El tiempo no marchaba. Siempre estaba quieto. Sólo las máquinas giratorias se movían, y se movían sin ir a ninguna parte, a pesar de que se movían más rápido.

A los catorce años se puso a trabajar en el almidón. Fue un acontecimiento colosal. Por fin había ocurrido algo que podía recordarse más allá de una noche de sueño o de un día de paga semanal. Marcó una era. Era una Olimpiada de máquina, algo desde lo que datar. «Cuando me puse a trabajar en el almidón», o «después», o «antes de que me pusiera a trabajar en el almidón», eran frases que tenía a menudo en los labios.

Celebró su decimosexto cumpleaños entrando en la sala de telares y tomando a su cargo un telar. Aquí había nuevamente un aliciente, pues era trabajo a destajo. Y sobresalió, porque la arcilla de su ser había sido moldeada por las fábricas hasta convertirlo en la máquina perfecta. Al cabo de tres meses llevaba dos telares, y más adelante tres y cuatro.

Al final de su segundo año en los telares producía más metros que cualquier otro tejedor, y más del doble que algunos de los menos habilitados. Y en casa las cosas empezaron a mejorar cuando se aproximaba a la plena medida de su capacidad productiva. No porque sus mayores ingresos superaran la necesidad. Los niños iban creciendo. Comían más. Y iban al colegio, y los libros costaban dinero. Y de alguna manera, cuanto más rápido trabajaba, más deprisa subían los precios de las cosas. Hasta el alquiler subió, aunque la casa había ido de mal en peor en cuanto a desperfectos.

Había crecido en estatura; pero con la mayor altura parecía más delgado que nunca. También era más nervioso. Con la nerviosidad aumentaron su irritabilidad y su mal genio. Los niños habían aprendido a fuerza de amargas lecciones a mantenerse alejados de él. Su madre lo respetaba por su capacidad productiva, pero de alguna manera su respeto estaba teñido de miedo.

No había alegría en la vida para él. El desfile de los días nunca lo veía. Las noches las dormía en una inconsciencia de sacudidas. El resto del tiempo trabajaba, y su conciencia era la conciencia de una máquina. Fuera de eso su mente era un desierto. No tenía ideales, y tan sólo una ilusión: la de que bebía café excelente. Era una bestia de carga. No tenía vida mental alguna; sin embargo, en lo más profundo de las cámaras ocultas de su mente, sin que él lo supiese, se estaban pesando y tamizando cada hora de su trabajo, cada movimiento de sus manos, cada sacudida de sus músculos, y se estaban haciendo preparativos para un curso de acción futuro que lo dejaría asombrado a él y a todo su pequeño mundo.

Fue a finales de primavera cuando llegó a casa del trabajo una noche consciente de un cansancio inusitado. Había una viva expectación en el ambiente mientras se sentaba a la mesa, pero él no se percató. Pasó la comida en un silencio sombrío, comiendo mecánicamente lo que tenía delante. Los niños hacían exclamaciones y chasqueaban los labios. Pero él estaba sordo para todo ello.

—¿Sabes lo que estás comiendo? —le preguntó su madre al fin, desesperada.

Él miró vacuamente el plato que tenía delante, y la miró vacuamente a ella.

—Isla flotante —anunció ella, triunfante.

—Ah —dijo él.

—¡Isla flotante! —corearon los niños en voz alta.

—Ah —dijo él. Y después de dos o tres cucharadas, añadió—: Creo que esta noche no tengo hambre.

Dejó caer la cuchara, apartó la silla y se levantó cansadamente de la mesa.

—Y creo que me voy a la cama.

Sus pies arrastraban más pesadamente que de costumbre al cruzar el suelo de la cocina. Desvestirse era la tarea de un Titán, una futilidad monstruosa, y lloró débilmente mientras se metía en la cama con un zapato puesto todavía. Era consciente de algo creciente e hinchado dentro de su cabeza que hacía que su cerebro estuviese espeso y confuso. Sus delgados dedos se sentían tan gruesos como su muñeca, mientras que en las yemas tenía una lejanía de sensación vaga y confusa como su cerebro. Le dolía la zona lumbar de forma intolerable. Le dolían todos los huesos. Le dolía todo. Y en su cabeza comenzó el chirrido, el estruendo, el estrépito, el rugido de un millón de telares. Todo el espacio estaba lleno de lanzaderas voladoras. Volaban de acá para allá, intrincadamente, entre las estrellas. Él mismo manejaba mil telares, y siempre aceleraban, más y más rápido, y su cerebro se desenredaba, más y más rápido, y se convertía en el hilo que alimentaba las mil lanzaderas voladoras.

A la mañana siguiente no fue a trabajar. Estaba demasiado ocupado tejiendo colosalmente en los mil telares que zumbaban dentro de su cabeza. Su madre fue a trabajar, pero antes mandó llamar al médico. Era un ataque grave de gripe, dijo éste. Jennie hacía de enfermera y ejecutaba sus instrucciones.

Fue un ataque muy grave, y pasó una semana antes de que Johnny se vistiese y cruzase tambaleante el suelo. Otra semana, dijo el médico, y estaría en condiciones de volver al trabajo. El capataz de la sala de telares lo visitó el domingo por la tarde, el primer día de su convalecencia. El mejor tejedor de la sala, le dijo el capataz a su madre. Le guardarían el trabajo. Podía volver el lunes de la semana siguiente.

—¿Por qué no le das las gracias? —le preguntó su madre, inquieta.

—Es que ha estado tan malo que todavía no es él —explicó ella apologeticamente al visitante.

Johnny estaba sentado encorvado, con la vista fija en el suelo. Siguió en la misma postura mucho después de que el capataz se hubiese marchado. Hacía buen tiempo fuera, y por la tarde salió a sentarse en el escalón de la entrada. A veces movía los labios. Parecía perdido en cálculos interminables.

A la mañana siguiente, después de que el día se calentase, volvió a su asiento en el escalón. Esta vez llevaba lápiz y papel para continuar sus cálculos, y calculó penosamente y de forma asombrosa.

—¿Qué viene después de los millones? —le preguntó a mediodía, cuando Will llegó del colegio—. ¿Y cómo se trabaja con ellos?

Aquella tarde terminó su tarea. Cada día, pero sin papel ni lápiz, volvía al escalón. Estaba muy absorto en el único árbol que crecía al otro lado de la calle. Lo estudiaba durante horas, y se mostraba inusitadamente interesado cuando el viento movía sus ramas y agitaba sus hojas. A lo largo de la semana parecía perdido en una gran comunión consigo mismo. El domingo, sentado en el escalón, se rió en voz alta, varias veces, para inquietud de su madre, que no le había oído reír en años.

A la mañana siguiente, en la oscuridad temprana, ella fue a su cama a despertarle. Había tenido su hartazgo de sueño durante toda la semana, y se despertó fácilmente. No opuso resistencia, ni intentó aferrarse a la ropa de cama cuando ella se la quitó. Permaneció tumbado tranquilamente y habló con tranquilidad.

—No tiene sentido, mamá.

—Llegarás tarde —dijo ella, creyendo que todavía estaba atontado por el sueño.

—Estoy despierto, mamá, y te digo que no tiene sentido. Mejor me dejas en paz. No me voy a levantar.

—¡Pero perderás el trabajo! —exclamó ella.

—No me voy a levantar —repitió con una voz extraña e impasible.

Ella misma no fue a trabajar aquella mañana. Aquella era una enfermedad más allá de cualquier enfermedad que hubiera conocido. La fiebre y el delirio los podía entender; pero aquello era locura. Le arropó con la ropa de cama y mandó a Jennie a buscar al médico.

Cuando llegó ese señor, Johnny dormía apaciblemente, y apaciblemente se despertó y dejó que le tomaran el pulso.

—No tiene nada —informó el médico—. Muy debilitado, eso es todo. No tiene mucha carne en los huesos.

—Siempre ha sido así —apuntó su madre.

—Ahora vete, mamá, y déjame terminar el sueño.

Johnny habló con dulzura y placidez, y con dulzura y placidez se volvió de lado y se quedó dormido.

A las diez se despertó y se vistió. Salió a la cocina, donde encontró a su madre con una expresión de espanto en el rostro.

—Me voy, mamá —anunció—, y sólo quería despedirme.

Ella se echó el delantal sobre la cabeza y se sentó de repente y se puso a llorar. Él esperó con paciencia.

—Ya lo veía yo venir —sollozaba.

—¿Adónde? —preguntó al fin, quitándose el delantal de la cabeza y mirándole con un rostro consternado en el que había escasa curiosidad.

—No lo sé... a cualquier parte.

Mientras hablaba, el árbol de la otra acera apareció con deslumbrante nitidez en su visión interior. Parecía acechar justo bajo sus párpados, y podía verlo siempre que quisiera.

—¿Y tu trabajo? —preguntó ella con voz temblorosa.

—No voy a volver a trabajar nunca.

—¡Dios mío, Johnny! —exclamó ella—. ¡No digas eso!

Lo que había dicho era una blasfemia para ella. Como una madre que oye a su hijo negar a Dios, quedó la madre de Johnny consternada por sus palabras.

—¿Qué te ha entrado? —exigió saber ella, con un intento débil de ser imperativa.

—Los números —respondió él—. Sólo los números. He estado calculando mucho esta semana, y es de lo más sorprendente.

—No veo qué tiene que ver eso —sollozó ella.

Johnny sonrió con paciencia, y su madre percibió un sobresalto marcado ante la persistente ausencia de su irritabilidad y su mal genio.

—Te lo enseño —dijo—. Estoy agotado del todo. ¿Qué me cansa? Los movimientos. Llevo moviéndome desde que nací. Estoy harto de moverme, y no voy a moverme más. ¿Recuerdas cuando trabajaba en la cristalería? Hacía trescientas docenas al día. Calculo que hacía unos diez movimientos distintos por cada frasco. Eso son treinta y seis mil movimientos al día. Diez días, trescientos sesenta mil movimientos. Un mes, un millón ochenta mil movimientos. Quitemos los ochenta mil —habló con la condescendiente beneficencia de un filántropo—, quitemos los ochenta mil, lo que deja un millón de movimientos al mes, doce millones al año.

»En los telares me muevo el doble. Eso son veinticinco millones de movimientos al año, y me parece que llevo moviéndome así casi un millón de años.

»Esta semana, en cambio, no me he movido nada. No he hecho un solo movimiento en horas y horas. Te digo que fue estupendo, quedarse ahí sentado, horas y horas, sin hacer nada. Nunca había sido feliz antes. Nunca tuve tiempo. Siempre estuve moviéndome. Esa no es manera de ser feliz. Y no voy a hacerlo más. Me voy a quedar sentado, y sentado, y descansando, y descansando, y luego descansando más.

—Pero ¿qué va a ser de Will y los niños? —preguntó ella con desesperación.

—Eso es, «Will y los niños» —repitió él.

Pero no había amargura en su voz. Hacía tiempo que conocía la ambición de su madre por el chico menor, pero ya no le resentía. Nada importaba ya. Ni siquiera eso.

—Lo sé, mamá, lo que has planeado para Will: tenerle en el colegio para hacer de él un contable. Pero no tiene sentido, me he retirado. Tiene que ponerse a trabajar.

—Y después de todo lo que me he sacrificado por ti —lloró ella, empezando a cubrirse la cabeza con el delantal y cambiando de idea.

—Tú no te sacrificaste por mí —respondió él con triste amabilidad—. Fui yo quien me crié a mí mismo, mamá, y fui yo quien crié a Will. Él es más grande que yo, y más pesado, y más alto. Cuando yo era un crío, creo que no comía suficiente. Cuando él llegó y era un crío, yo ya trabajaba y ganaba comida también para él. Pero eso ya está. Will puede ponerse a tra-

bajar, igual que yo, o puede irse a la porra, me da igual. Estoy cansado. Me voy ahora. ¿No me vas a despedir?

Ella no respondió. El delantal le había vuelto a cubrir la cabeza, y lloraba. Él se detuvo un momento en el umbral.

—Estoy segura de que hice lo que mejor supe —sollozaba ella.

Él salió de la casa y bajó por la calle. Una pálida alegría afloró en su rostro al ver el árbol solitario. «Que si no voy a hacer nada», se dijo a sí mismo, a media voz, en un tono cadencioso. Echó una mirada anhelante al cielo, pero el sol brillante le deslumbró y le cegó.

Fue un paseo largo el que dio, y no caminó deprisa. Le llevó hasta la fábrica de yute. El rugido amortiguado de la sala de telares le llegó a los oídos, y sonrió. Era una sonrisa suave y plácida. No odiaba a nadie, ni siquiera a las estruendosas y chirriantes máquinas. No había amargura en él, nada salvo un hambre desmesurada de descanso.

Las casas y las fábricas fueron haciéndose más escasas y los espacios abiertos fueron creciendo al acercarse al campo. Por fin la ciudad quedó atrás, y él caminaba por un carril frondoso junto a la vía del tren. No caminaba como un hombre. No tenía el aspecto de un hombre. Era una parodia de lo humano. Era un pedazo de vida retorcido y raquítico e innombrable que se arrastraba como un simio enfermizo, con los brazos colgantes, cargado de hombros, de pecho estrecho, grotesco y terrible.

Pasó junto a una pequeña estación de tren y se tumbó en la hierba bajo un árbol. Toda la tarde estuvo allí tumbado. A veces daba cabezadas, con los músculos que le sacudían mientras dormía. Cuando estaba despierto, yacía sin moverse, observando a los pájaros o mirando el cielo a través de las ramas del árbol que tenía encima. Una o dos veces se rió en voz alta, pero sin relación con nada que hubiese visto o sentido.

Después de que el crepúsculo se hubo ido, en la primera oscuridad de la noche, un tren de mercancías entró retumbando en la estación. Mientras la locomotora maniobra cambiando vagones a la vía muerta, Johnny se arrastró a lo largo del tren. Abrió la puerta lateral de un vagón de mercancías vacío y con torpeza y trabajo se subió. Cerró la puerta. La locomotora silbó. Johnny estaba tumbado, y en la oscuridad sonrió.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB